

**MIRANDO****AL FUTURO**

## Los fósiles de Scott

**JOSÉ-ABEL FLORES**

Días atrás, en la presentación de un libro acerca del angustioso y trágico viaje de Scott, se recordaba en la conquista del Polo Sur, se recordaba que entre las pertenencias que se recuperaron con los cuerpos congelados de los expedicionarios, además de las cartas -entrañables y desoladoras-, se encontraban muestras de rocas. Los sobrevivientes a las penúltimas tormentas, ateridos, sin combustible ni comida, continuaron su marcha hacia el borde del glaciar arrastrando en sus trineos 16 kilos de rocas con fósiles. Aquello ponía de manifiesto, corriendo el año 1912, que en el punto

mas inhóspito del Planeta, allí donde es difícil encontrar un palmo sin hielo, vivió flora cálida, algo que rompía con la lógica, un descubrimiento único que merecía el esfuerzo, debieron pensar aquellos preclaros lunáticos.

El desafío de la conquista queda pues unido al científico. El explorador, empecinado en alcanzar los 90° S, supedita parte de su éxito al de aportar datos para entender cómo fue la historia de la Tierra. Y aunque alguien pueda no encontrar relación, considerar espuria mi reflexión siguiente, el relato me ha hecho pensar en la función del profesor universita-

rio, y en particular en las tan traídas y llevadas siglas I+D+i en las que nos vemos implicados, cuando no dependiendo.

Un buen número de profesores investiga, desarrolla e innova, al mismo tiempo que, aunque no siempre con reconocimiento equi-

parable, trata de transmitir algo a los estudiantes que acuden a aulas y laboratorios, aprovechando su experiencia investigadora. El descubrimiento científico rentabilizable industrial o socialmente, querámoslo o no, está supeditado a la generación de conocimiento básico. Diría más, a la formación de profesionales que adquieran una serie de competencias que no sólo les permita moverse y manifestarse en la jerga al uso, sino los potenciales para, en determinados momentos del ejercicio de su profesión, ser capaces de crear de forma independiente. No habrá nadie en desacuerdo en que esto ha de ser así, incluso afectos que se animarían a



transcribir la D como «do-cencia», y en su caso alargar el acrónico repitiendo la consonante, en minúscula si ello causara trastorno. Nadie va a negarlo, aunque es posible que la prioridad, el orden, se discuta.

Amundsen ganó la carrera: llegó el primero y regre-

só. Scott dejó escrita su frustración junto a aquel equipaje abandonado que concretaba su espíritu. Como profesor, reconozco que el comentario de un antiguo alumno al que le fue de provecho lo que se le enseñó en su día, supone tanta satisfacción como la aceptación de un trabajo en una revista relevante; mucho más que la firma de un rentable convenio con una empresa de hidrocarburos. Scott, siendo el segundo, es para muchos el primero. Mejor soslayar el orden. Mejor no postergar.

**José-Abel Flores** es catedrático de Micropaleontología y Oceanografía